

O á pedir remedio,  
Que en urgencia tal,  
Sin ser socorrido,  
Volviera pié atrás.  
El viejo, con todos  
Atento y cordial,  
Los males ajenos  
Diestro en aliviar,  
Siempre era él el árbitro  
Juicioso y capaz  
De hacer las discordias  
A todos cesar.  
Y pobres y tristes,  
De su caridad  
Van en sus desdichas  
Consuelo á buscar.  
Acaso no hay uno  
Que á solas, y allá  
En su alma, no piense  
De aquel hombre mal,  
O envidie su suerte,  
Su tranquilidad,  
O le odie porque hace  
Su suerte ignorar;  
Pues siempre la humana  
Condición fué tal.  
Mas todos le acatan,  
Y todos á par  
Su ciencia aprovechan,  
Y todos están  
En que hay de aquel hombre  
En la gravedad  
De su faz tranquila  
Y noble ademan,  
Un sello de oculta  
Superioridad.  
El mozo mas rico,  
O altivo, ó audaz,  
No supo á su hija  
Amante llegar.  
Aquella belleza  
Que cubre el sayal  
De moza villana,  
Como á las demas  
Zagalas que habitan  
El mismo lugar:  
Aquella muchacha,  
Que puede á lo mas  
A pobre heredera  
De un pueblo igualar,  
De quien á las otras  
Diferencia no hay,  
Sino en que posee  
Un campo erial  
Y un viejo palacio  
A medio arruinar;  
Tiene en la espresion  
De su bella faz,  
En su aire de cándido  
Pudor virginal,  
Y en todo su porte,  
Cierta majestad  
Que asaz la distingue

Del tono vulgar,  
De la gracia tosca  
Que en lo general  
De las mas apuestas  
Mozas de lugar,  
Salvages contornos  
Presta á la beldad.  
Y acaso no hay una  
Que á solas, y allá  
En su alma, de aquella  
Belleza ideal,  
No halle alguna falta  
De que murmurar.  
Mas no habrá ninguna  
Que á rivalizar  
Se atreva con ella;  
Ni alguna osará  
De la Flor-del-Alba  
Suponerse igual.  
No hay una que honrada  
No se crea asaz,  
Si de deferencia  
Alguna señal,  
De la hermosa niña  
Consigue alcanzar,  
Por mucho que de ella  
Murmure detrás.  
Por mas que la quieran  
Defectos buscar,  
Y altiva la juzguen,  
Y de vanidad  
La culpen, no hay una  
Que si ante el umbral  
Del viejo palacio  
Acierta á pasar,  
Y allí Flor-del-Alba  
Por acaso está,  
No cambie con ella  
Saludo cordial,  
Y amable sonrisa,  
Que quiera indicar  
Que tiene la niña  
Con ella amistad:  
Y así en el aldea  
Pasándose van  
Los dias de Mayo,  
Y así en soledad  
El padre y la hija,  
El débil torzal  
De la vida humana  
Hilan sin cesar,  
Dichosos gozando  
La felicidad  
De aldeanos que viven  
Sin oro ni afán.  
¡Mas qué humana vista  
Puede penetrar  
Por un muro espeso  
Cual por un cristal?  
¡Quién ver lo que dentro  
Se puede encerrar,  
De aquel edificio  
De cuyo portal

Ninguno del pueblo  
Podido ha pasar,  
Ni mas que de fuera  
Lo ha visto jamás?

## II.

Desque el forastero  
De allí se partió,  
Apenas semanas  
Pasáronse dos.  
Ni á oirse en aquellos  
Contornos volvió  
Noticia del jóven;  
Ni tardo pastor  
Que el hato de noche  
Al pueblo tornó:  
Ni el guarda del campo  
Mas madrugador,  
Volvio á oír el paso  
Del potro veloz  
Que al irse, de todos  
Fué la admiracion.  
Del soto le vieron  
Salir: con vigor  
Increible, vieron  
Que á escape subió  
La cuesta postrera  
De las que en redor  
Circundan el valle  
Do yace hasta hoy  
La aldea escondida,  
Y desde el peñon  
Donde el arquitecto  
La iglesia fundó,  
Le vió el campanero,  
Como exhalacion  
Tomar el camino  
De Burgos, en pos  
De sí, nube den-a  
Dejando el bridon,  
De polvo, entre cuyas  
Sombras se perdió,  
Como una evocada  
Lejana vision  
Que se hunde en las ondás  
De espeso vapor.  
La luna, entre nubes  
Velada, alumbró  
La tierra á intervalos  
Con tibio fulgor,  
En noche cargada  
Que á un dia siguió,  
De esos que nublados  
Amasa el calor.  
Pesado está el aire:  
Todo á su impresion  
Perezosa, en lento  
Letargo cayó.  
La brisa no mece  
Ni rama ni flor,  
Ni suena en los sauces  
Ni arrullo ni voz,

Tórtola acuitada,  
Pardo ruiseñor.  
Todo en torno calla,  
Y solo su son  
Monótono, lleva  
Un murmurador  
Arroyo, que cruza  
Por la poblacion,  
Y baja desde ella  
Por cauce que abrió,  
A dar del palacio  
En frente al porton,  
En un ancho estanque  
Que allí se cavó.  
Este vuelve á darle  
Su curso y su son  
Por el lado opuesto  
A aquel por do entró:  
Y el arroyo, hinchendo  
De verde frescor  
El soto, se pierde  
Libre y jugueton,  
De los altos olmos  
En el espesor.  
Al sueño, cansado,  
En paz se entregó  
El pueblo: no brilla  
De luz resplandor,  
Por entre los vidrios  
De reja ó balcon,  
Mas que la del mustio  
Perenne farol  
Que alumbraba devoto  
La iglesia de Dios.  
De su torre gótica,  
Con ronco clamor  
Dió once campanadas  
Moderno reloj;  
Cuando al pié del pardo  
Fuerte murallon  
Que el viejo palacio  
Cerca en derredor,  
Y bajo la reja  
Por donde cayó  
El ramo de flores  
Delante el troton  
Del jóven viajero  
Cuando se partió,  
Alzó repentino  
Deleitabile son,  
Vihuela punteada  
Con diestro primor;  
Y á poco, á sus tonos,  
Concertada voz,  
Así entre la sombra  
Nocturna cantó:

"Flor-del-Alba, que con ella  
Compites en resplandor,  
Y á la lumbre que destella,  
Como tú tan pura y bella  
No halla en la tierra otra flor;  
Tu lecho de flores deja,

Mira que el alba refleja:  
Desvélate ¡oh Flor!  
Que llama á tu reja  
La voz del amor.

Tus hojas abre, y da al viento  
Su perfume embriagador,  
Para que en él tome aliento  
Quien no tiene otro alimento  
Ni otro ambiente que tu amor.

Mira que el alba refleja,  
Tu lecho de flores deja:  
Desvélate ¡oh Flor!  
Que llama á tu reja  
La voz del amor."

Con estas palabras  
Callando la voz,  
El aire á lo lejos  
Sus ecos ahogó,  
Quedando en silencio  
Y en sombra en redor  
El campo, como antes  
De aquella cancion.  
A poco, en el muro,  
Confuso rumor  
De hierro y vidrieras  
Movidas se oyó:  
Y hallando la luna  
Un roto giron  
Que en medio una nube  
El viento rasgó,  
Vertió repentino  
Fugaz resplandor.  
Su tibio reflejo  
El muro alumbró,  
A par alumbrando  
La escena de amor;  
Que arriba en la reja  
Patente se vió  
El rostro de un ángel,  
Y abajo al cantor,  
Contemplando inmóvil  
La blanca vision.  
Allí Flor-del-Alba  
Que su reja abrió;  
Aquí Tellez, ciego  
Por ella de amor.  
Aquí él, á quien trajo  
Su ardiente pasion:  
Allí ella, que amante  
Su vuelta esperó.  
Tal vez uno á otro  
Tendian los dos  
Los brazos amantes,  
Y acaso la voz  
De entrambos buscaba  
La frase mejor  
Que á ser alcanzara  
Del alma espresion,  
Cuando vaga sombra  
La esquina dobló,  
Viniendo hácia Tellez

Con paso veloz.  
La reja, al sentirle,  
La niña cerró:  
La luna á embozarse  
Con nubes volvió,  
Sombreado del campo  
La muda estacion;  
Y el mozo, mostrando  
Un noble valor,  
El paso al que viene  
Serenó atajó,  
Los dos entablando  
Tal conversacion:  
"¿Quién va? dijo el mozo.  
Y el otro:—Yo voy  
—¿Quién sois?

—Os pregunto

Lo mismo yo á vos.  
—Soy... un caballero.  
—Yo tambien lo soy.  
—Yo Don Pedro Tellez.  
—Y yo Don Leon  
De Alba.

—¿Vos!

—Sin duda.

—¿Un Alba! ¡Gran Dios!  
¿Qué es esto?

—Un misterio

Cuya esplicacion  
Pronto en este punto  
A daros estoy.  
—Hablad.

—De mis pasos

Venios en pos,  
Que siempre estaremos  
A solas mejor."  
Y echando hácia un lado,  
El muro dejó.  
Siguióle Don Pedro,  
En su corazon  
Sintiendo á aquel hombre  
Secreto pavor.  
Debajo de un ancho  
Froncoso lloron,  
Del soto en lo oscuro,  
Aquel se sentó.  
Don Pedro imitóle,  
Y el otro con voz  
Severa le dijo:  
"Prestadme atencion."

—"Murió nuestro buen rey Carlos segundo,  
Dejando de sus reinos la opulencia  
A Felipe de Anjou, á quien esta herencia  
Le costó guerrear con medio mundo.  
Los nobles españoles  
En bandos se partieron,  
Segun que los derechos concibieron  
De pretendientes varios  
Que, de la Francia amigos y contrarios,  
El trono hispano á disputar salieron.  
Pues entre esas familias divididas,  
Dieron al fin por su opinion, sus vidas.

Mas que nunca, Don Pedro, se os olvide  
Que un mar de hirviente sangre nos divide.  
He aquí todo el misterio de mi casa;  
He aquí mi historia entera.  
Y ahora que conocéis mi verdadera  
Posicion, á estas rondas poned tasa,  
Y á la honra de ambos, con mejor manera  
Arreglad la conducta venidera."

Y así concluyendo  
Con tal relacion  
El viejo, el camino  
Que trajo tomó.  
Cual sombra movible  
De una aparicion,  
Que en humo al tornarse,  
Con hondo terror  
Nos hiela el medroso  
Mortal corazon;  
Así la del viejo  
Desapareció,  
En la que trazaba  
Su vieja mansion.  
Con ojos absortos,  
Con mudo dolor,  
Partir y perderse  
Don Pedro le vió.  
Y en vano quisiera  
Con resolucion  
El paso atajarle,  
Correr de él en pos,  
Y escigir completa  
Nueva esplicacion:  
Negaban sus fauces  
El paso á la voz:  
Inerte, embargada,  
Sentia la accion.  
Y así, bajo el peso  
Del secreto atroz  
Que el viejo en su historia  
Le patentizó,  
Quedó anonadado,  
Sin ira y valor,  
Y á solas el triste  
Con su corazon.

### III.

En círculo eterno,  
Con giro infernal,  
Su pecho colmado  
De angustia y afan,  
Formando en su mente  
Eterna espiral,  
Que acaba do empieza  
Y vuelve á empezar;  
Y turba y marea,  
Y rueda tenaz  
En mágico círculo  
Que vértigos da,  
Del mozo en la mente  
Comienzan á dar  
Las negras ideas

Dos hubo nobles que partiendo tierra,  
El feudo y amistad que los unia  
Cambiaron con furor en saña impía.  
Mas bien que por defensa de sus reyes,  
Mas que por sus derechos,  
Y por salir por las antiguas leyes  
Del suelo pátrio, su bandera alzaron  
Por ir á hincar en los contrarios pechos,  
Las aguzadas lanzas que empuñaron.  
La que por Don Felipe alzó bandera,  
Siempre amparada por mejor fortuna,  
De la contraria raza por do quiera  
Las vidas fué segando una por una.  
De la otra en recompensa,  
De sus servicios derramó la inmensa  
Riqueza reunida  
Del último heredero que restaba,  
En la por ellos siempre perseguida  
Persona errante y misteriosa vida.  
El deudo y parentesco que ligaba  
A ambas á dos familias comprobaron,  
Y de aquesta manera,  
De enemiga fortuna venidera  
La hacienda en una de las dos juntaron.  
Reinó por fin en paz Felipe quinto,  
Y la familia aquella vencedora  
Que fuera en esta malhadada lucha,  
Siempre fué noble por su honor é instinto:  
Con el rey alcanzó privanza mucha,  
Y todavía la conserva ahora.  
Pero de la otra raza que vencida,  
Fué por la suya, un individuo solo,  
Un mancebo no mas quedó con vida.  
Mas proscrito, sin resto de esperanza,  
De cuanto hubo en la tierra despojado,  
Fuese á América, huyendo despechado  
Cual de la proscripcion, de la venganza  
Del enemigo bando encarnizado.  
Allí arrastró su mísera existencia  
Con inconstante y desigual fortuna,  
Ya en triste medianía ó indigencia,  
Hasta que en fin, tranquilizada España,  
De los bandos distintos  
Licenciada por fin la inútil tropa,  
Y aplacada por fin la antigua saña,  
A España dió la vuelta, y viento en popa  
Ancló en el mar que á Barcelona baña.  
Ahora bien, entendido, Don Pedro Tellez:  
Las familias rivales  
Son las nuestras: entonces, y hasta el dia,  
Los destinos fatales  
Fueron, y sin piedad para la mia.  
Conozco bien que vos, mancebo apenas  
De cinco lustros, de la guerra impía  
Parte no fuísteis; pero todavía  
Vuestro padre, que es causa de mis penas,  
De la contienda instigador primero,  
Vive, y no puede la de su heredero  
Mezclarse con la sangre de mis venas.  
Mi casa os dió: su hospitalario techo  
Buena ofrecio ocasion á mi venganza:  
Os condujo el infierno: mas no avanza  
A tan baja traicion mi noble pecho;

Que crea en su mal,  
Mil vueltas que al cabo  
Confúndenle mas.  
La historia es del viejo  
Terrible verdad:  
De sangre fermenta  
Entre ambos un mar.  
Lejos tantos años  
Del suelo natal,  
Lo supo él tan solo  
De oirlo contar.  
El, rico de ciencia,  
Campeon de la paz,  
Que ve de la vida  
En el campo erial,  
Tan solo una flor  
Fecunda no mas,  
La flor que produce  
La fé conyugal,  
La paz del tranquilo  
Doméstico hogar:  
El, que por do quiera  
Buscándola va,  
Que deja por solo  
Su aroma gozar,  
Riquezas, honores,  
Privanza real,  
Y cuanto en el mundo  
Se puede envidiar:  
El, que huye dejando  
Princesa imperial,  
Por no ver en ella  
La felicidad;  
Que ve de su dicha  
La flor ideal,  
Fragante á sus plantas  
Su tallo elevar,  
Y á asirla se mira  
Tan próximo ya,  
¡Ay! ve que es solo esta  
La flor celestial  
Que al campo en que arraiga  
No puede arrancar.  
Del viejo ofendido  
Calcula ademas  
La altiva y heróica  
Generosidad.  
Sí; el triste á una aldea  
Se vino á llorar  
Su sangre vertida,  
Su hurtado caudal;  
Su dicha con que otros  
Gozándose están.  
Y cuando podia  
Venganza tomar,  
Pues á él á sus manos  
Le trajo Satan  
(Como él se lo dijo  
Con harta verdad,  
Contar esperando  
Con un crimen mas);  
Le ofrece en su lecho  
La seguridad;

Le sienta á su mesa,  
Le sirve leal.  
Y en paz recibiéndole,  
Le deja ir en paz,  
Y él ¿cómo le paga  
Tan gran lealtad?  
De amor insensato  
Se deja arrastrar  
Por Flor, con quien nunca  
Unirse podrá.  
¡Oh! ¿hallar en tal caso  
Gentileza tal  
En tal enemigo,  
Y ciego atentar  
A la honr. de su hija  
En su alma beldad,  
Es ser de una infame  
Vileza capaz.

Y con tales pensamientos  
Batallando sin cesar,  
Midiendo las consecuencias  
Que aquella casualidad  
Para el venidero tiempo  
A su porvenir traerá,  
No ve que vuelan las horas  
El apenado galan.  
Pegado se está en un tronco,  
Del soto en el valladar:  
Y distraidos sus ojos,  
Como por oculto iman  
Atraidos por los muros  
Del palacio, sin variar  
De direccion, enclavados  
En el edificio están.  
La lobreguez de la noche,  
Que en cerrada oscuridad  
Envuelve toda la tierra,  
Ver no le permite ya  
Mas que una masa de sombra,  
Porque rauda tempestad  
Por el espacio avanzando,  
Ahogó el nocturno fanal  
De la luna, que camina  
De los nublados detras.  
Con ráfagas desiguales  
Empieza el aire á agitar  
Las ramas, que pronto el raudo  
Torbellino arrancará.

Ya está encima, la veleta  
De la torre, casi va  
Desde el monte en que se eleva,  
Con las nubes á tocar.  
Brilla un relámpago enorme,  
Y á su roja claridad  
Se ilumina todo el valle,  
Por un instante fugaz,  
Y en este mismo momento,  
El reloj, que empieza á dar  
Las tres de la madrugada,  
Con sus ecos de metal,

Atrayendo de las nubes  
La inmensa electricidad,  
Hizo la tormenta horrible  
Sobre el valle reventar.  
Rasgóse el preñado vientre  
Del nublado: el vendabal  
Lanzóse fuera, amagando  
Las campiñas arrasar:  
Brotó la lluvia á torrentes;  
Fué la tierra un cenagal;  
Los arroyos en un punto  
Hizo en torrentes cambiar;  
Y cada valle fué un lago,  
Cada cuesta un manantial,  
Cuyos raudales inmensos  
No osa la tierra tragar,  
Porque no pueden sus poros  
Con tan gigante caudal.  
Y sus pesares Don Pedro  
Dándose prisa á apartar,  
Olvidando el mal del alma  
Con la afliccion corporal,  
Lanzóse sobre los lomos  
De su potro, y con afan  
Ambos á dos acicates  
Aplicándole á la par,  
Arrancó á escape tendido,  
Con tanta velocidad,  
Que en su ímpetu parecia  
Arrastrarle el vendabal.

El dia siguiente,  
Purísimo el sol,  
Cual siempre con lumbre  
Serena radió.  
Tormenta de estío,  
Temprano calor  
Formóla, y en furia  
Ligera pasó.  
El cierzo deshizo  
Su pronto turbion,  
Con soplo pujante  
Llevándola en pos:  
Y seca la tierra,  
Sus lluvias sorbió  
Despues de pasado  
Su inmenso aluvion.  
Del sol á los rayos,  
Tornóse en vapor  
Gran parte, que al punto  
El aire llevó.  
Tornaron los campos  
Con nuevo vigor  
A alzar las espigas  
Que el viento abatió;  
Tornó á embellecerse  
Con nuevo verdor  
La yerba y el césped  
Que el agua embarró.  
Tornaron los olmos  
El grato rumor  
A alzar de sus hojas,  
Que el aura enjugó:

Y oyendo en sus nidos  
Su lánguido son  
Las aves, que el fiero  
Nublado espantó,  
La luz saludaron  
Con dulce clamor,  
Lanzándose al viento  
Con vuelo veloz.  
La atmósfera entonces  
Mas pura quedó,  
Sin mancha de nubes  
Su azul estension.  
El pueblo á sentirse  
Con vida tornó.—  
Cediendo al instinto  
Su buen corazon,  
A ver los sembrados  
Salió el labrador:  
De fieles podencos  
Seguido, el zurrón  
Repleto, á los sotos  
Volvió el cazador.  
Y abriendo el aprisco  
Do se guareció,  
Tornó sus rebaños  
Al monte el pastor.  
Y así de la vida  
Al ruido y accion,  
Por campos y pueblos  
La tierra tornó.  
Tan solo el palacio,  
Del viejo mansion,  
Gozar de aquel nuevo  
Placer no mostró.  
En todo aquel dia,  
Ninguna se abrió  
De las anchas rejias  
Del muro exterior,  
Ni nadie pasando  
Vió abierto el ponton,  
Ni nadie á sus dueños  
Asomarse vió.  
Y así pasó un dia,  
Y corrieron dos,  
Y así la semana  
Completa pasó.  
Tan solo el domingo,  
Cuando el esquilon  
Del templo, á la misa  
Del alba tocó,  
Acudió á la iglesia  
Con su padre Flor,  
Y luego á cerrarse  
La casa tornó.

Tildóse en el pueblo  
De estraña aprension,  
Del viejo un retiro  
Tan nuevo: y echó  
Por muchos caminos  
La murmuracion;  
Mas de ellos la causa  
Ninguno esplicó.

Y así pasó en tal misterio  
Del verano la estacion,  
Y un templo alzado al silencio,  
El palacio semejó:  
De toda amistad antigua  
Y de toda relacion  
Con las gentes del lugar,  
El viejo se retiró.  
Solo salian al templo  
Con la aurora el viejo y Flor,  
Y segun al encontrarlos  
Algun curioso notó,  
Iba el viejo como nunca  
Con torva faz, é iba Flor  
Tan pálida y melancólica,  
Como si en su corazon  
Llevara un grande pesar,  
O la mano del Señor,  
De una enfermedad la hubiera  
Cargado con la afliccion.

## CAPITULO VII.

FLOR DEL ALBA.

Pasaron los ardientes  
Calores del verano:  
Del álamo las hojas  
Amarillean ya.  
Las eras están limpias  
Y recogido el grano:  
La fruta sazónada  
Para cogerse está.

De la fecunda viña  
Entre las anchas hojas,  
Crecidos los racimos  
Empiezan á pintar:  
Las uvas de los negros  
Empiezan á ser rojas:  
Los blancos, transparencia  
Comienzan á tomar.

Se acerca la vendimia:  
De todos los lugares  
Anuncian los peritos  
Que llegan á sazón.  
Los cuébanos se aprestan,  
Se limpian los lagares,  
Se ajustan los obreros  
Que llegan en monton.

Que al suelo castellano  
Para vendimia y siega,  
En bandas numerosas  
Buscándose jornal,  
De Asturias y Galicia  
La muchedumbre llega,  
Dejando de sus riscos  
El áspero erial.

El ruido y movimiento,  
Su turba forastera  
Con danzas y cantares  
Aumenta por do quier;  
Y en tanto que los días  
De su trabajo espera,  
Se apresta á las de afanes  
Con horas de placer.

¡Oh, cuán alegre tiempo!  
No hay época mas grata  
Al corazon sencillo  
Del franco labrador:  
Ni oyeron cortesanos  
Tan dulce serenata,  
Como el lejano acento  
Del buen vendimiador.

¡Qué hermoso el campo entonces!  
¡Cuán brilla en armonía  
El verde de los campos  
Con el celeste azul!  
Las noches son serenas,  
Y el resplandor del día  
Parece que se templan  
Con trasparente tul.

El aire atravesando  
Por la feraz campiña  
Cubierta de verdura,  
A los sentidos trae  
El fresco y deleitoso  
Perfume de la viña,  
Y la hoja que temprana  
Del álamo se cae.

No tiene aura mas pura,  
Vivífica y salubre,  
De las primeras flores  
La mágica estacion,  
Que la que trae Setiembre,  
Y espira con Octubre,  
De sus airados vientos  
Entre el rugiente son.

Este es el tiempo bello  
Fecundo en poesia  
Y pródigo en deleites,  
Del genio inspirador.  
Sus auras son, cargadas  
De aromas y armonía,  
El soplo con que al mundo  
Anima el Criador.

Sí, sí: la brisa fresca,  
Fugaz, murmuradora,  
Que arranca en el Setiembre  
La postrimera flor:  
La ráfaga es que anima  
La llama creadora  
Que en nuestras almas puso  
La mano del Señor.

Sí, siempre fué el otoño  
Mi dulce primavera,  
De poesia y flores  
Mi pródigo estacion:  
Y aspiro yo con ansia  
Su ráfaga postrera,  
Y en ella es donde bebo  
Mi nueva inspiracion.

Sí, ven, brisa de otoño,  
Y aunque tus roncadas alas  
El arboleda yermen  
Que cobijó un eden;  
Aunque en zarzales tornes  
De mi vergel las galas,  
¡Oh brisa de Setiembre  
Consoladora, ven!

Ven á templar el fuego  
Del abrasado estío;  
Ven á mi lira muda  
Cantares á inspirar;  
Ven á rasgar las nieblas  
Do al pensamiento mio,  
El perezoso Agosto  
Sepulta á mi pesar.

Ven, ven: pues si tu soplo  
Los árboles despoja  
De su opulento y verde  
Y ameno pabellon,  
Tambien es cierto, ¡oh brisa!  
Que en pos de cada hoja,  
Arrancas un instante  
De pena al corazon.

Yo siempre te he querido;  
Constante y confiado,  
Hete aguardado siempre  
Con invariable fé:  
Mil veces por tu vuelta  
Con ansia he suspirado,  
¡Oh brisa de Setiembre!  
Jamás te olvidaré.

Ven; ya para gozarte  
Se esplayan mis sentidos;  
Mis labios entreabiertos  
Para aspirarte están;  
Atentos se preparan  
A oírte mis oídos,  
Y aguarda que le orees,  
Mi rostro con afán.

¡Oh! cuánto me embelesa  
Tu desigual murmullo,  
Y cuánto me enamora  
Tu vagabunda voz!  
¡Cuán dulces pensamientos  
Halagan con tu arrullo  
Mi mente, cual tú vaga,  
Y como tú veloz!

Mis ojos te imaginan  
En medio el remolino  
Que de agostadas hojas  
Y polvo desigual,  
Elevas revoltosa  
En medio del camino,  
En tosca y momentánea  
Y rápida espiral.

Ya juzgo que te veo  
Entre la blanca tropa  
De hadas y de silfos  
Que van en tu redor;  
Las orlas arrastrando  
De tu flotante ropa,  
Y aun percibir sospecho  
Tu cuerpo sin color.

Ya pienso que graciosa,  
Versátil, hechicera,  
Vestida de una nube  
Como tu sér sutil,  
Cabalgas en el viento,  
Emanacion ligera  
De la frescura antigua  
Del bosque y del pensil.

¡Oh! cuánto me embelesa,  
De los torcidos troncos  
Mirar de una alameda  
Que á desnudarse va;  
Huir una tras otra  
Entre suspiros roncados,  
Las resonantes hojas  
Descoloridas ya!

El rio que susurra  
Bajo las verdes cañas;  
El aura que se aduerme  
Entre una y otra flor;  
El sonoro arroyo  
Que corre entre espadañas,  
No igualan tus rumores  
Con su gentil rumor.

En ese incomparable  
Monótono lamento  
Con que despide el árbol  
Sus hojas, que se van;  
Con que llorando implora  
La compasion del viento,  
Que al paso le deshoja  
Sin comprender su afán:

Acaso no halla el vulgo  
Mas que el rumor penoso  
Del aire y de las hojas  
Que arrastra en pos de sí:  
Mas sus compases vanos,  
Lenguaje misterioso,  
Palabras escondidas  
Contienen para mí.